

y sus ojos de fuego. Aquel hombre traía consigo un soplo de vida que hasta entonces había faltado en Kerzemien; veía ella abrirse ante sus ojos un horizonte nuevo, que se extendía mucho más allá de los estrechos límites en que se había deslizado su pasado. Por esto se había prendado de él en un solo día, cosa que jamás habría creído posible.

Nuevamente reinó entre ellos un prolongado silencio. El pensamiento les transportaba lejos, muy lejos. Al fin Marina señaló con la mano la fúlgida claridad que de improviso habíase dejado ver á través de los alisos.

—La luna,—dijo.

Rojo se elevaba por el horizonte el astro de la noche. Ladraron los perros, oyóse el ruido de un coche y pocos instantes después, Plavicki entraba en la sala, cuya lámpara había sido encendida poco antes. Marina entró también en la estancia, seguida de Polaniecki.

—Mis temores eran infundados,—dijo el viejo,—únicamente el señor Yamiz se ha sentido un poco indispuerto: mañana por la mañana sale para Varsovia. La señora me ha prometido venir pasado mañana. ¿Y vosotros dos, os habéis aburrido mucho?

—No, estábamos oyendo gritar las ranas,—respondió Polaniecki.

—Dios sabe para que crió las ranas, pero yo no tengo el derecho de quejarme, lo cual no impide que esos enojosos animalitos me priven de dormir. Marina trae el te.

Mientras bebían, el señor Plavicki refería la visita á los señores Yamiz. Los dos jóvenes guardaban

silencio. De vez en cuando encontrábanse sus ojos y cuando se dieron las buenas noches se estrecharon muy calurosamente la mano.

Al desnudarse, Marina experimentaba un suave cansancio. Reposaba ya su cabeza sobre las almohadas, y, en vez de lamentarse de que al siguiente día fuese lunes, y de que con el lunes daba principio toda una semana de trabajo, pensaba en el joven cuyas palabras resonaban aún en sus oídos.

Por su parte, Polaniecki mientras estaba fumando en la cama un cigarrillo, entregábase á las siguientes reflexiones:

—Marina es buena, bella y amable, ¿dónde podría hallar otra parecida?

III

Al siguiente día, estaba nublado el cielo y la señorita Plavicki, al despertar, se dirigió á sí misma una serie de reproches. Comprendía que el día anterior había ido demasiado adelante y que había estado algo coqueta con Polaniecki. Acrecentaba su contrariedad la idea de que aquel hombre había venido como acreedor. Ella lo había olvidado, y ahora se hacía la siguiente reflexión:

—Si él se llegase á figurar que yo he tratado de enamorarle para hacerle más tratable, y menos severo...

Y ante este solo pensamiento, la sangre le afluí á la cabeza. Era altiva, y su noble carácter se rebelaba ante la simple suposición de que ella hubiese obrado por cálculo.

Y pensando en la posibilidad de una sospecha se-

y sus ojos de fuego. Aquel hombre traía consigo un soplo de vida que hasta entonces había faltado en Kerzemien; veía ella abrirse ante sus ojos un horizonte nuevo, que se extendía mucho más allá de los estrechos límites en que se había deslizado su pasado. Por esto se había prendado de él en un solo día, cosa que jamás habría creído posible.

Nuevamente reinó entre ellos un prolongado silencio. El pensamiento les transportaba lejos, muy lejos. Al fin Marina señaló con la mano la fúlgida claridad que de improviso habíase dejado ver á través de los alisos.

—La luna,—dijo.

Rojo se elevaba por el horizonte el astro de la noche. Ladraron los perros, oyóse el ruido de un coche y pocos instantes después, Plavicki entraba en la sala, cuya lámpara había sido encendida poco antes. Marina entró también en la estancia, seguida de Polaniecki.

—Mis temores eran infundados,—dijo el viejo,—únicamente el señor Yamiz se ha sentido un poco indispuerto: mañana por la mañana sale para Varsovia. La señora me ha prometido venir pasado mañana. ¿Y vosotros dos, os habéis aburrido mucho?

—No, estábamos oyendo gritar las ranas,—respondió Polaniecki.

—Dios sabe para que crió las ranas, pero yo no tengo el derecho de quejarme, lo cual no impide que esos enojosos animalitos me priven de dormir. Marina trae el te.

Mientras bebían, el señor Plavicki refería la visita á los señores Yamiz. Los dos jóvenes guardaban

silencio. De vez en cuando encontrábanse sus ojos y cuando se dieron las buenas noches se estrecharon muy calurosamente la mano.

Al desnudarse, Marina experimentaba un suave cansancio. Reposaba ya su cabeza sobre las almohadas, y, en vez de lamentarse de que al siguiente día fuese lunes, y de que con el lunes daba principio toda una semana de trabajo, pensaba en el joven cuyas palabras resonaban aún en sus oídos.

Por su parte, Polaniecki mientras estaba fumando en la cama un cigarrillo, entregábase á las siguientes reflexiones:

—Marina es buena, bella y amable, ¿dónde podría hallar otra parecida?

III

Al siguiente día, estaba nublado el cielo y la señorita Plavicki, al despertar, se dirigió á sí misma una serie de reproches. Comprendía que el día anterior había ido demasiado adelante y que había estado algo coqueta con Polaniecki. Acrecentaba su contrariedad la idea de que aquel hombre había venido como acreedor. Ella lo había olvidado, y ahora se hacía la siguiente reflexión:

—Si él se llegase á figurar que yo he tratado de enamorarle para hacerle más tratable, y menos severo...

Y ante este solo pensamiento, la sangre le afluí á la cabeza. Era altiva, y su noble carácter se rebelaba ante la simple suposición de que ella hubiese obrado por cálculo.

Y pensando en la posibilidad de una sospecha se-

mejante, experimentaba una especie de sentimiento de cólera contra Polaniecki. Tanto más penosa le era la cosa, por cuanto sabía que en su casa no había dinero y que se hallaban en la imposibilidad de proporcionárselo. Aún cuando no hubiesen faltado los medios, sabía que, apesar de todos sus esfuerzos, su padre no habría consentido en que se pagase á Polaniecki antes que á los demás acreedores. En los asuntos campestres, él la dejaba entera libertad de acción pero cuando se trataba de dinero, hacía lo que le parecía bien y raras veces le pedía su opinión.

En realidad, él trataba de salvar su triste situación valiéndose de mil subterfugios, haciendo promesas que sabía no podía cumplir, y procurando engañar á la gente, por todos los medios que le sugería su fecunda imaginación. Este sistema, sin embargo, no podía librarle de la ruína. Y al propio tiempo procuraba tener alejada de sus *negocios* á su hija, temeroso de su recto criterio y de sus justas observaciones que habrían ofendido su amor propio.

Esos *negocios* le hacían pasar á la pobre Marina una vida llena de humillaciones. Su existencia en el campo solo tenía de idilio las apariencias. A la señorita Plavicki no le faltaban disgustos, dolores ni fastidios. Si su semblante aparecía sereno no era solamente á la amabilidad de su carácter á lo que lo debía, sino en gran parte á una fuerza de voluntad poco común. Pero la humillación que en aquel momento la amenazaba era superior á sus fuerzas.

—Que á lo menos no sospeche de mí,—se repetía sin cesar.

Pero como conseguirlo. Su primer pensamiento fué invitar á Polaniecki á una conferencia con ella y enterarle del estado verdadero de las cosas pero abandonó en seguida esta idea. No; tenía que mostrarse fría, glacial, para que no pudiese creer él que ella había tratado de influir sobre su voluntad.

Tomada esta resolución, decidió buscarlo. No le fué difícil, porque, de regreso de su paseo matinal estaba él en la galería jugando con el perro. Apenas notó la presencia de Marina se levantó apresuradamente y corrió hacia ella con radiante rostro.

—Buenos días, señorita,— la dijo;—¿ha pasado usted bien la noche?

—Bien, gracias,—contestó ella tendiéndole friamente la mano.

En cambio él la contemplaba con una mirada en la cual se traslucía el placer que su presencia le causaba.

Marina lo notó, y su alma se sintió atraída hacia él, experimentando un vivísimo dolor al tener que contestar tan ceremoniosamente á su amable saludo.

—¿No ha salido usted de paseo todavía?—la preguntó.—En este caso si me lo permite usted le acompaño. Tengo que volver hoy á la ciudad, y de consiguiente necesito aprovechar todos los instantes que se me presentan de poder gozar de su compañía. Solo Dios sabe con cuanto placer me quedaría, si pudiese. Más ahora he aprendido ya el camino de Herzemien.

—Si sus ocupaciones se lo permiten, bien venido sea.

Solo hasta este momento no se apercibió Pola-

niecki del aire glacial del semblante y de las respuestas de la joven, por lo cual fijó en ella una mirada de asombro.

Entre tanto Marina esperaba que desengañado por su fría acogida, él se abstendría de seguir hablándola pero se equivocó. Polaniecki tenía sobrado amor propio para renunciar á conocer la causa de aquella frialdad. De consiguiente, sin apartar los ojos del rostro de la joven, repuso:

—¿Qué tiene usted? ¿Por que está usted tan cambiada conmigo?

Marina experimentó cierta confusión.

—No, se equivoca usted,—balbuceó.

—Bien sé yo y usted lo sabe también, que no me equivoco. Ahora se me presenta usted como la primera noche. Pero entonces yo tenía la culpa: ayer, sin embargo, le pedí perdón, y todo quedó arreglado. Hoy está completamente cambiada, ¿no quiere usted decirme la razón?

Y con pesaroso tono, añadió:

—Explíqueme usted que significa este cambio. Le ruego que me lo diga. Su padre de usted quería que yo fuese primeramente vuestro huésped, y después vuestro acreedor: pero esto no tiene razón de ser. Usted no es mi deudora, porque yo se lo debo todo á usted; yo soy su deudor, y le quedaré eternamente agradecido, por la bondad de que ayer me dió muestras, y Dios sabe cuanto daría para ser eternamente su deudor.

Fijó nuevamente los ojos en su rostro con el ávido deseo de encontrar la amistosa mirada del día anterior; pero Marina, con el corazón más oprimido; evitó mirarle, resuelta á proseguir el camino

que se había trazado hasta por temor de que si entonces cambiaba, se vería en la precisión de explicar el motivo.

—Le aseguro,—contestó reuniendo todo su valor que ó se engaña usted en este momento ó se engañaba ayer. Yo soy siempre la misma, y sentiré mucho que se marche usted de aquí desagradablemente impresionado.

La cólera y el despecho se retrataron en el semblante de Polaniecki.

—Si tiene usted empeño en que la crea, está bien; pero partiré con la convicción de que en el campo los lunes son diferentes de los domingos.

—¿Puedo cambiarme acaso?—dijo Marina á media voz.

Y se alejó pretextando que tenía que ir á dar los buenos días á su padre.

En cuanto quedó solo, Polaniecki echó de sí con visible rabia el perro, que se le había acercado buscando sus caricias y dió libre suelta á su coraje.

—¿Pero qué significa toda esta comedia?—se preguntó.—¡Qué estúpido é injusto es esto! Ayer era el próximo pariente hoy no soy más que el acreedor. Que se figura ella para que me trate así como á un perro. El objeto de mi venida, lo sabía también ayer.

Entre tanto Marina había subido á la habitación de su padre. El señor Plavicki estaba sentado en su escritorio entre un alubión de cartas. Volvióse un instante para contestar al saludo de su hija y volvió de nuevo á sus papeles.

—Papá,—empezó á decir Marina,—tengo que de-

cirte algo apropósito del señor Polaniecki. Tengo...

Interrumpióla su padre sin abandonar, empero, la lectura de sus documentos, diciéndola:

—Polaniecki en tus manos es un pedazo de mazapán.

—Te equivocas por completo. Mi deseo sería que se le pagase antes que á todos los demás, aún cuando esto debiese acarrear graves perjuicios.

El viejo cambió de posición en su silla y miró con fijeza á su hija. Luego le preguntó con frialdad:

—¿Estos son asuntos tuyos ó míos?

—Son asuntos de honor.

—No te formes la ilusión de que vaya á seguir yo tu consejo.

—Lo sé, papá; pero...

—¡Vaya un tono sentimental! ¿qué tienes?

—Te suplico...

—Y yo te suplico que no te metas en mis asuntos. Todo lo que se refiere á la administración de los bienes está á tu libre voluntad. Tú me has puesto á un lado, y yo he cedido para no tener cuestiones con mi hija en los últimos años de mi vida. Pero á lo menos déjame este rinconcito, este ángulo de mi casa; permíteme que desarrolle á mi modo mis negocios.

—Pero, papá, yo tan solo te suplicaba...

—Que me sometiese á tu voluntad: pues bien, hija mía, manda á tu padre.

El viejo había adoptado una actitud de *Rey Lear*. Habíase apoyado nerviosamente en el respaldo de su poltrona para hacer creer á la hija cruel, que poseído de un síncope estaba á punto de caer tendido al suelo.

Las lágrimas asomaron en los ojos de la pobre niña, y, sintiéndose impotente, un amargo desaliento invadió su corazón. Permaneció silenciosa por un instante luchando violentamente con su dolor y luego dijo con voz medio apagada:

—Perdona, papá.

Y abandonó la habitación.

Un cuarto de hora después entró Polaniecki, presa de una viva excitación de ánimo pero haciendo visibles esfuerzos para dominarse.

Plavicki lo hizo sentar al lado de su poltrona y poniendo una mano sobre sus rodillas le dijo:

—Estanislao, ¿quieres pegar fuego á mi casa? ¿quieres asesinarme? ¿quieres hacer huérfana á mi hija?

—No,—contestó Polaniecki,—no es esta mi intención. Pero le ruego que no me hable usted en estos términos, porque de nada le servirán y me son insoportables.

—Está bien,—repuso Plavicki, algo enojado por el poco efecto que su exordio había producido;—pero recuerda que en otros tiempos esta casa estaba abierta para ti como si fuese para un hijo.

—Venía á ella con mi madre porque esta se veía en la precisión de reclamar el pago de intereses que usted, en cambio, jamás se ha tomado la molestia de satisfacer. Esta deuda de usted data de veintinueve años atrás. Hoy con los intereses acumulados, debe ascender á veinticuatro mil rublos. Redondeemos la suma y quedarán veinte mil rublos, que tengo que cobrar irremisiblemente porque para esto he venido aquí.

El viejo inclinó la cabeza con aire de resignación.

—¿Para esto has venido? Entonces, ¿por qué ayer, Estanislao, te mostraste tan diferente de hoy?

Polaniecki, que media hora antes había dirigido igual pregunta á Marina, estuvo á punto de ponerse en pie de un salto pero se contuvo y contestó:

—Le ruego á usted que acabemos este asunto.

—Pronto estará acabado, pero permíteme algunas palabras y no me interrumpas. Tú sostienes que no se pagaron los intereses. Esto es verdad; ¿pero sabes por qué? Tu madre, desgraciadamente para todos nosotros, no pudo entregarme todos sus bienes, porque el consejo de familia no se lo habría consentido. De consiguiente solo recibí algunos millares de rublos. Entonces yo pensé: «Esta mujer está sola en el mundo, el pequeño capital que me ha confiado será para ella una pequeña mina de oro.» Tu madre me entregó doce mil rublos, tú encuentras veinticuatro mil. Este es el resultado, y ahora tú me recompensas con la ingratitud.

—Mi querido tío,—replicó Polaniecki,—le suplico que no me tome por un estúpido. Usted dice que encuentro veinticuatro mil rublos: ¿dónde están? Entréguemelos usted sin tantos preámbulos.

—Ten un poco de paciencia y de moderación, debes considerar que soy un viejo,—contestó encolerizado el señor Plavicki.

—Y yo le digo claro y neto que hace dos años que le vengo escribiendo inutilmente para recobrar mi dinero: ahora estoy cansado y no quiero esperar más.

El viejo apoyó los codos en el escritorio, cubrióse

el rostro con las manos y guardó silencio. Polaniecki le contempló disgustado, preguntándose á sí mismo:

—¿Es un bribón? ¿es un egoista? ¿Es más bien un loco que en su ceguedad no sabe distinguir el bien del mal? ¿Es todo eso á la vez?

El señor Plavicki seguía con el rostro oculto y sin articular palabra.

—Es preciso que yo sepa algo,—repuso Polaniecki.

De repente el viejo alzó la cabeza y dijo con tono jovial:

—Pero, Estanislao ¿á qué preocuparnos tanto, cuando hay una solución tan sencilla.

—Cual.

—Te reembolsarás con la marga.

—¿Cómo?

—Haz venir á tu socio á alguien que lo entienda y que sepa apreciar mi marga, y los tres juntos formaremos una sociedad. Tu socio... ¿cómo se llama? ¿Bigiel?... Pues este tiene que poner inmediatamente su parte. Tú me entregas algo, y hasta nada, trabajamos juntos y hasta podemos realizar grandes beneficios.

Polaniecki se levantó.

—Dispéñseme usted,—dijo,—pero no puedo permitir que se burle usted de mí. Yo no sé que hacer de su marga; no quiero más que mi dinero. Lo que me propone usted lo considero como una farsa indigna é insensata.

Durante unos instantes reinó un profundo silencio entre aquellos dos hombres. El semblante del señor Plavicki estaba alterado por la ira, y sus

ojos centelleaban. Levantándose de pronto, corrió hacia la pared y descolgando un cuchillo de caza lo tendió á Polaniecki gritando:

—Hay otra salida, mátame.

Polaniecki, no pudiéndose dominar ya por más tiempo rechazó brutalmente la mano y el cuchillo, exclamando:

—Esto es una comedia indigna: ¡basta! Es inútil que pierda tiempo, me marcho: tengo bastante de usted y de Kerzemien. Pero le advierto que voy á vender mi crédito, hasta por la mitad de su valor, al primer judío que me salga al paso: éste ya sabrá sacar dinero de su caja.

—Anda,—gritó Plavicki:—vende tu crédito. Abre al judío la puerta de la casa de donde procede tu estirpe; pero ten entendido que mi maldición y la maldición de todos cuantos en ella habitaron te seguirá á todas partes.

Pálido de coraje y lanzándose imprecaciones á sí propio, Polaniecki salió rápidamente de la habitación. Llegado á la sala, buscó su sombrero, dió al fin con él y se disponía á enterarse de si había llegado el coche, cuando apareció Marina. Al verla, trató de dominarse pero habiéndole acudido á la imaginación que tal vez ella era la causa indirecta de cuanto había acaecido, la dijo:

—Tengo que despedirme de usted. Mis asuntos con su padre de usted están terminados. Vine aquí para reclamar todo lo que se me debía, y él empezó por darme su bendición, me ofreció después la marga, y al fin me maldice.

Marina se disponía á tenderle la mano y á decirle:

—Comprendo su indignación: hace pocos minutos que fui á encontrar á mi padre para suplicarle que satisficiera su crédito de usted; proceda usted contra nosotros, contra Kerzemien, como se propone, pero no me juzgue usted culpable, y consérveme su aprecio.

Más no le fué posible, porque Polaniecki, ciego de despecho por haber perdido para siempre aquella niña, prorrumpió:

—Le digo esto porque se mostró usted ofendida y me dirigió á su padre, cuando la primera noche quise hablar con usted. Agradecí su excelente consejo; más este ha resultado más ventajoso para nosotros dos que para mí.

Marina palideció con una palidez cadavérica, lágrimas de cólera y de dolor bañaron sus ojos, levantó altivamente la cabeza y contestó:

—Puede usted insultarme impunemente: no tengo un hombre que me pueda defender.

Dicho esto volvióle friamente la espalda y salió.

Polaniecki comprendió que se había dejado llevar de su amor propio ofendido. Súbitamente dominado por una profunda compasión, quiso seguirla para pedirle perdón, pero era demasiado tarde: Marina había desaparecido. Partió sin despedirse de nadie. Era tanta la cólera de que estaba poseído, que durante mucho tiempo no pudo pensar en otra cosa que en la manera de vengarse.

—Cederé mi crédito,—se decía,—aun cuando solo me den la tercera parte de su valor; les haré embargar: palabra de honor.

Entre tanto el coche había salido del callejón y tomado la carretera. Dos sentimientos opuestos lu-

chaban ahora en Polaniecki: pensaba en Marina en su dulce voz, en su mirada serena, en su bondad. Recordando el tono con que le había hablado, se reprochó á sí mismo.

—Demasiado es ya para ella, tener por padre á un viejo comediante, un bribón y un loco. Cualquiera hombre de corazón la habría comprendido y se habría compadecido de ella, en vez de lanzar invectivas contra la pobrecita muchacha, como yo he hecho... sí, yo...

En esto le vinieron ganas de abofetearse á sí mismo, con tanto mayor motivo, cuanto que en aquel momento comprendió que las cosas habrían pasado de muy distinto modo, que se habría conquistado la confianza y el cariño de la niña, si, después de la disputa sostenida con el padre, la hubiese sabido tratar á ella con la debida delicadeza.

—¡Cargue el diablo con el dinero, y conmigo por añadidura!—exclamó.

Lo que había hecho ya no tenía remedio. Esta reflexión le hizo perder la razón y le hizo volver á sus planes de venganza.

—Ya que todo se ha perdido, quiero que la obra sea completa. Vendo mi crédito al judío más bribón que pueda encontrar, y éste les despojará y les echará á la calle. Vaya el viejo á mendigar su pan, y la hija que se haga camarera ó que se case con Gatoski.

Esta última idea le hizo estremecer.

—Que tome por marido otro cualquiera,—se dijo,—pero no ese rústico villano.

En tal disposición de ánimo, llegó á Erzeniov. Positivamente, Polaniecki habría embestido furio-

samente al pobre Gatoski, si por desgracia suya el infeliz muchacho se hubiese encontrado en la estación. Afortunadamente sólo encontró allí á algún empleado, dos ó tres aldeanas, un judío y la cara inteligente del señor Yamiz, que le invitó á subir á su coche.

—Yo he sido muy amigo de su padre de usted,—empezó á decirle;—precisamente en sus buenos tiempos. Hasta su abuelo de V. fué uno de los propietarios más ricos, más hoy todo ha pasado á otras manos.

—No es de hoy,—observó Polaniecki,—sino ya de muchos años atrás. Mi padre, aun en vida, perdió todos sus bienes. Estaba enfermo, vivía en Niza y no podía cuidar sus asuntos. Si después de su muerte, mi madre no hubiese heredado á un pariente suyo, lo habríamos pasado muy mal.

—En cambio usted sabe arreglarse. Conozco la razón social de su casa; por medio de Abdalaschi he hecho con su casa varios contratos de cebada.

—¿Abdaldaschi ha hecho contratos para usted?

—Sí, y debo confesar que he quedado muy contento de él. En seguida he observado que su casa trata los negocios con verdadera lealtad.

—Con la deslealtad no se va á ninguna parte, caballero. Mi socio Bigiel es un hombre honrado, y yo no soy Plavicki,—dijo Polaniecki.

—¿Qué piensa usted de él?—preguntó Yamiz con curiosidad.

Polaniecki, cuyo corazón estaba aún lleno de coraje, le refería todo cuanto le había pasado en Kerzemien.

—Hum,—observó Yamiz.—Puesto que con tanta

llaneza se explica usted respecto á él, espero que me permitirá usted que yo haga otro tanto, apesar de que sea pariente suyo.

—No es pariente mío; únicamente su primera esposa era pariente y amiga de mi madre.

—Yo le conozco ya desde cuando era joven. Es más débil que malo. Como era hijo único, sus padres le acostumbraron mal y otro tanto hicieron sus mujeres, dos criaturas dulces y pacíficas que le idolatraban; él acabó por creerse una especie de sol, en torno del cual debían girar los demás como otros tantos planetas. Ese Plavicki es una mezcla de cualidades diversas; constantemente se expresa con afectación y con ampulosidad, no habla más que de sí mismo, canta eternamente sus propias alabanzas y se lo permite todo sin permitir nada á los demás. Esto ha venido á ser para él una especie de segunda naturaleza. Llegaron los momentos difíciles; un hombre de caracter habría sabido hacer frente á ellos, más él no tiene caracter. Luego se vió en la precisión de recurrir á las trampas para poderse sostener. El suelo que pisamos ó nos ennoblece ó nos corrompe, sobre todo tratándose de grandes propietarios de predios.

—Créame V., yo he nacido campesino y no siento atractivo alguno por la vida del campo. La agricultura, tal como se ejerce hoy, no tiene porvenir. Tarde ó temprano, todos los agricultores están destinados á la ruina; Plavicki el primero.

—Nó, mi pesimismo no llega hasta tal extremo. Respecto á Plavicki, también yo estoy convencido de que no puede sostenerse por mucho tiempo en Kerzemien. Lo siento por la pobre Marina, que es

una niña de sano criterio, de buenos sentimientos y de una actividad poco común. Usted tal vez ignora que dos años atrás, el viejo Plavicki quería deshacerse de Kerzemien y trasladarse á la ciudad; si no se efectuó eso, débese en parte á las súplicas de su hija. Tal vez la piedad filial fué lo que la indujo á hacer tal súplica, por hallarse enterrada su madre cerca de Kerzemien; no hay que decir que se opuso á la venta con todas sus fuerzas. La pobre niña empleó toda su energía para mejorar la condición de la familia, haciéndose la ilusión de que podría convertir en posible lo imposible. Será para ella un rudo golpe cuando quede roto el último hilo que sostenía aún su esperanza... ¡Es una lástima, á su edad!...

—Es usted un hombre de corazón,—exclamó Polaniecki con su acostumbrada vivacidad.

El anciano sonrióse, contestando luego:

—Quiero bien á esa chiquilla que hasta fué mi discípula, y que más de una vez ha acudido á mis consejos para la administración de la finca. Confieso que me causará viva pena el perderla.

Polaniecki se mordía nerviosamente las guías del bigote, y al fin dijo:

—Podrá casarse con alguno de aquellas cercanías y quedarse allí.

—¡Casarse! No es cosa tan fácil para una niña sin dote. ¿Con quién puede contar? ¿Con Gatoski? Este se casaría con ella: es un pobre diablo, no tan estúpido como se cree pero ella no siente inclinación alguna hacia él, y es muchacha incapaz de casarse sin sentir inclinación hacia el hombre que la pretenda. Por otra parte, el padre se opone porque

considera á los Gatoski inferiores á los Plavicki. Lo que puedo asegurar es que el hombre que adquiriera á Marina, adquirirá una joya.

En aquel momento, Polaniecki era de esta misma opinión. Ahora le parecía que no podía vivir sin Marina pero luego recordó que en otras circunstancias parecidas había experimentado idéntica impresión y que al fin el tiempo lo había desvanecido todo. Apesar de esto, siguió pensando en ella; en ella pensaba todavía cuando llegó á la ciudad, y al bajar del tren en Varsovia, murmuraba entre sí:
—¡Qué locura, qué locura!... ¡es una lástima!

IV

En la misma noche de su regreso á Varsovia, Polaniecki fué á casa de su consocio Bigiel, con quien, por ser antiguo condiscípulo suyo, le unían los lazos de una cordial amistad.

Bigiel, bohemio de origen, pero descendiente de una familia que desde muchas generaciones se había establecido en Varsovia, antes de asociarse con Polaniecki, tenía establecida una casa de banca. No hacía entonces grandes operaciones, ni eran extensas sus relaciones, más en cambio se había conquistado fama de comerciante sólido y probo. Cuando Polaniecki hubo entrado como socio, la casa ensanchó notablemente el círculo de sus operaciones mercantiles y su crédito creció de una manera extraordinaria. Los dos socios se convenían uno á otro. Polaniecki, capaz y emprendedor, concebía siempre nuevas ideas, viendo el alcance y los resultados de las operaciones, mientras Bigiel cuida-

ba de su ejecución. Sus caracteres eran completamente opuestos, y tal vez de esto provenía su íntima amistad. ¿Había precisión de energía y viveza de imaginación para lograr un objeto, para conseguir un intento? Este era el fuerte de Polaniecki. ¿Necesitábanse, por el contrario, cálculos, prudencia ó paciencia? Entonces le tocaba á Bigiel.

Merced á esta diferencia, la parte más importante de los negocios estaba, naturalmente, reservada á Polaniecki. Bigiel tenía una confianza inquebrantable en su amigo, y cuando este entró en la nueva sociedad, aportando á ella ideas nuevas, ni siquiera trató de discutir las. Los felices resultados que estas dieron, no hicieron más que afirmar esta confianza. Su sueño favorito era acumular un capital importante y fundar un gran establecimiento de tejidos, del cual Polaniecki habría sido director y Bigiel administrador. Pero estaban muy lejos aún de su ambicionada meta, por más que casi podían tenerse por ricos.

Polaniecki que, apesar de la vivacidad de su temperamento había adquirido un claro sentimiento de observación, hizo un singular descubrimiento en aquella sociedad, á la cual por sus relaciones y por su nombre, tenía fácil acceso. Su habilidad en los negocios le valían elogios y felicitaciones en todas partes, pero se le tributaban al mismo tiempo con cierto aire de indulgencia y de protección.

—Se dan aire de protectores míos,—decía Polaniecki.

Y realmente era así.

Estaba además convencido de que, si hubiese pedido la mano de alguna de las señoritas pertene-